

LA BATALLA DE AGOSTO

-La cosa vino como un puño sobre nuestra cara sin saber de dónde..., ni cómo..., ni por qué.

El hombre, farfullando, se ocupaba más de su honor automovilístico que de los dolores. Él iba bien pegado a su derecha, naturalmente, y no a demasiada velocidad, porque incluso –recordó– acababa de meter la tercera. El otro, el antagonista, era un Volkswagen, de esos que traen los emigrantes como locos, ¡claro! El hombre describía una y otra vez la maniobra, pero con decreciente pasión, y al final, trabucándose. Se quejaba mucho del pescuezo. Desmayóse, al fin, pero ya en brazos de las enfermeras. De seguro resistió tanto porque oscuramente sospechaba que yo no sabría qué hacer. Y es verdad que yo no hubiera sabido hacer nada salvo correr con toda ni alma a buscar ayuda, aunque fuese de saludadora o algebrista. Hay folletos que enseñan los primeros auxilios, pero comprendo que son para gente mañosa. Yo empecé a sufrir de rapaz, porque los otros chicos eran capaces de arreglar la rueda de la bicicleta con tubo de disolución y un parche. Cambiarla en un coche es jauja al lado le aquella proeza. Tampoco abrigué nunca esperanzas de acertar a ponerme el chaleco ese que explican en los aviones, para amerizar de urgencia. Son sólo unos ejemplos.

Mi misión samaritana parecía haber terminado, una vez que el desconocido hermano de carretera estaba en manos responsables. Pero me rogaron que aguardara -diría yo que me lo ordenaban-, "por si hace falta algún papel". En realidad, me alegré, por tranquilizarme con el resultado. Olía a eso inconfundible cuya fórmula debe ser la mezcla de los desinfectantes con el color blanco de las paredes, todo bañado en el silencio donde suenan a veces herramientas que uno piensa escalofrantes y niqueladas.

Al cuarto cigarrillo de ducados pude enterarme que todo habla ido por lo mejor.

-Le hemos puesto el collarete. Nada grave. Ocurre que un día tenemos que empezar a llevar gafas, tema que siempre nos ha dejado indiferentes. Pues uno sale del óptico y se da cuenta por primera vez de las gafas que llevan los otros: si son más los que las usan o quienes andan a mirada descubierta, el grosor de los cristales, la forma de la armadura... Como si la miopía se acabara de estrenar en el mundo. Pues igual: después de aquel suceso de carretera, todos estos días, yo he observado en la calle la relativa abundancia de gente que circula con ese talante altivo, hierático, de superioridad, inevitable en quien los traumatólogos han estuchado la cerviz con rigor,

de tormento medieval. Y el enyesado con autógrafos, en las piernas -cada vez más largas- de las muchachas de nuestra raza mejorada. Y el estribo que obliga a posar el pie y luego hacer un giro la mar de chulo, el gorro de capellina, las férulas; y ese ingenio que ocupa todo el tranvía como algunas monjas de antes del concilio: el "poliquín", más conocido por "avión".

Entonces se cae en la cuenta de que todo este paisaje humano de los "estropiés" -una manera muy graciosa de decirlo en Francia- es consecuencia del estado de guerra en que vivimos. Y, más agudamente, de la batalla de las vacaciones de agosto.

Hace treinta años vio mi admiración infantil cómo saludaban, con el ademán de la época, al paso de un uniformado que casi presumía de su aparatosa ortopedia. Yo me sentí confuso, porque casualmente sabía que el estrago había sido jugando al tenis. Pero es que aquel ambiente no consentía hipótesis ajenas al heroísmo. Tampoco ahora dejará de haber algún daño que provenga del deporte, del trabajo, o incluso -más prosaicamente- de vulgar caída por mondadura de plátano... Pero la mayoría es lo que cuenta.

Para esta batalla de agosto, y para la guerra que es de todo el año, no acierta uno a imaginar el armisticio. Bueno, sí: cuando el auto sólo sirva de instrumento rural para ir de la granja al mercado. Y como van quedando pocos agricultores... Cierto es que entonces algún avión que otro se dará de morro, y los periódicos escribirán que de los dos mil pasajeros "nunca más se supo". Más o menos, la población de Cacabelos o de Perelló. Algo cruel, desde luego, pero a saber si tanto como lo de ahora.

Mientras, se hace cuanto se puede para que la sangre no llegue al mar, que al río ya no hay remedio. Por un lado, coches más seguros para carreteras mejor trazadas. Por otro lado, el aleccionamiento sin tregua del viandante. Y colaborando con el código, la propaganda tutelar. Hace unos años, a imitación de otros países, estaba aquellos carteles: "Aquí dos muertos", "Aquí tres heridos graves". Algo parecido es publicar -véanse periódicos recientes- el resumen de un "puente" de calendario que redondea la cifra de cien muertos. Pero los psicólogos no se ponen de acuerdo sobre este remedio, acaso peor que la enfermedad. No hace mucho escuché a un predicador que deseando hacer gráfico el acecho a que nos somete la muerte, citaba la previsión estadística de los decesos que aquel mismo día se producirían en todo el mundo. Y rogó que para un mejor entendimiento pensáramos que aquellos muertos inevitables, puestos de pie uno junto a otros, llenarían toda la iglesia, y la avenida donde está la Iglesia, y la plaza de toros, y aún sobraría para alargarse hasta la gasolinera; que hay en lo alto del Portillo... El domingo transcurrió en honestidad y paz para mi alma, pero sería injusto apuntar el mérito a aquella figuración dantesca.

Mejor sin paternalismos. Propongo que al humano se le infunda la suprema razón por la que debe conducir -y conducirse- con prudencia. Al hombre hay que convencerle de que nunca dejará de sufrir por la contrariedad de ser tierno cuando todo lo que le rodea es duro. No es criticar, pero es que nos han hecho poco funcionales. Seamos, por lo menos, razonables. Pues si nuestra condición es blanda hasta resentirse con la sola presión de un dedo y no hay alrededor más que agresores -pretils, camiones contrarios, árboles inoportunos, lunas de escaparate... -, ¿por qué obstinarse en esta descomunal batalla de los molinos?

Definió Pascal la noble naturaleza del hombre "un roseau pensant". Pero no dijo que fuésemos un roble, sino una caña que piensa. Y no estaba mal traído, lo de la caña, si se considera con qué facilidad nos hacemos astillas.

Antonio PEREIRA